

tor de la Universidad hacían pensar en que si bien pudo tan insigne espíritu haber visitado la tumba de los Gracos, pudo también ceñirse la túnica consular, que en él se han sumado armoniosamente la acción y el ensueño por maravillosa manera, y que lo más atrayente de su figura espiritual eran su movilidad, su capacidad crítica, su rebeldía, que cristalizaban en él los prodigios del más alto pensamiento filosófico de su América y una encarnación optimista del verbo de la raza en lo que ahora es el instante crítico de la historia americana.

«Tras un sólo escudo y a la sombra de una sola bandera—concluyó el orador—están ahora los que representan en México el manojo veintenar y multicolor de los pendones latino-americanos; y en nombre de ellos saludo al México pensador y antiguo que ha encarnado en este intelectual que va a la vanguardia de nuestro continente».

El doctor Rivas Vásquez, durante su peroración llena de brío y amor hacia el credo de solidaridad latinoamericana, fué interrumpido en varias ocasiones por los aplausos de los concurrentes.

El Discurso del Lic. Vasconcelos

CON palabras emocionadas da las gracias el señor licenciado Vasconcelos por el agasajo de que es objeto. E incontinenti empieza a referirse a los momentos políticos por los que ha atravesado y atraviesa el Continente. Dijo que bastó que se acabasen las tiranías en México para que principiaran a conocer, y desde luego a estimar, a los países latino-americanos en nuestra patria. El iniciador de este movimiento de hondo latinoamericanismo fué el Presidente Madero.

El orador, por una lógica asociación de ideas, se refiere a continuación al desconocimiento que comúnmente existía entre los pueblos de Guatemala y México debido a las tiranías que durante muchos años se habían entronizado en ambos países.

«Ahora—agregó—que los regímenes tiránicos desaparecieron en Guatemala y México, se han evaporado también los sentimientos hostiles para dar lugar a un significativo y sincero entendimiento».

Concluyó el licenciado Vasconcelos haciendo hincapié en la unión espiritual que existe y debe existir más intensamente todavía entre México y los países indolatinos, particularmente los que integran el Istmo de Centro América, porque son los que no sólo se encuentran geográficamente más unidos a México, sino también porque tienen casi una común tradición histórica, y mayores vínculos espirituales.

Lo que dijo el ingeniero Palavicini

DESPUÉS que cesó de hablar el señor licenciado Vasconcelos en medio de los aplausos de los comensales, el señor ingeniero Félix F. Palavicini hizo uso de la palabra, obedeciendo a repetidas instancias que se le hicieron.

Con una profunda naturalidad que impresionó a todos y una manera muy contundente, vivaz, enérgica y serena a un tiempo mismo, que hacía pensar en algunos representantes de la oratoria inglesa, el señor ingeniero Palavicini empezó refiriéndose a la persona-



lidad del señor licenciado Vasconcelos, quien, en su concepto, es una de las más poderosas intelectualidades de México. El orador virtió después sus ideas sobre la finalidad que debe tener toda inteligencia. Conceptúa que ésta, si no se traduce en una inmediata o lejana utilidad, pierde su mismo valor intrínseco.

Refiriéndose después a la azarosa carrera del periodismo, expresó que los que ejercían tan alta profesión, no podían tener amigos, puesto que muchas verdades que exige el público de la prensa y que el periódico tiene que servirle cotidianamente, porque es esa su misión, suelen hacer romper penosamente las más fuertes amistades. «Pero en lo que toca al señor licenciado Vasconcelos—dice—siempre he notado una gran ecuanimidad espiritual. Con una serenidad que le honra, ha recibido los más diversos conceptos que, tanto acerca de su obra en el Departamento universitario como a su personalidad, han sido publicados en *El Universal*, ya en pro, ya en contra.

El error de los funcionarios públicos, dijo, es considerarse infalibles, creerse incapaces de errar y suelen no escuchar sino los coros permanentes de adulaciones emborrachándose con himnos de servilismo hasta creerse unas divinidades olímpicas, y eso que pudo subsistir bajo el régimen de la

larga dictadura porfiriana sería hoy insoportable. El apóstol Madero decía que, como se declaró a Porfirio Díaz el Hombre necesario para la Presidencia, acabó por señalarse a los veintisiete gobernadores como otros tantos hombres necesarios, y el país contaba entonces con veintiocho dioses paganos. No quiero ser amigo, dijo el señor Palavicini, de los funcionarios cuya susceptibilidad se sienta ofendida por la crítica que les haga el público por conducto de *El Universal*. Yo creo que contribuyo al progreso de mi país y ayudo a mis amigos cuando mis periódicos les hacen los elogios que han merecido para su mayor estímulo; pero que también los ayudo cuando mis periódicos les hacen la censura a que se hayan hecho acreedores, porque eso contribuye igualmente a corregir sus errores. Si el señor Vasconcelos que comienza ahora una brillante carrera política, se convierte en un funcionario de azúcar que no resista a las críticas de la prensa, habrá que hacer una nueva revolución para conquistar un estado de Gobierno en el que los funcionarios tengan perfecta conciencia de su deber. Conozco al señor Vasconcelos y sé que es incapaz de confundir la amistad con el servilismo, y por eso me uno al aplauso de los latino-americanos. El señor Vasconcelos ha dicho que ya los latino-americanos pueden vivir en México como en su propia casa; pero yo creo que éste no es más que un bello sueño todavía; en el Congreso Constituyente de Querétaro, el que habla, propuso que los hispano-americanos fuesen considerados como mexicanos para los derechos políticos, y mi proposición fué derrotada. Hoy publica «El Universal» un telegrama de Celaya, dando cuenta de que un solemne orador oficial se extrañaba de que mientras Hidalgo, el Padre de la Patria hubiese encabezado la rebelión libertadora al grito de «Viva México» y «Mueran los Gachupines», ahora, haya un señor Palavicini que sostenga la idea de un acercamiento entre España y México. (Risas).

Y el señor Palavicini, agrega: Mientras nuestra generación no se eduque en la verdad, el ideal de unión hispano-americano, es todavía utópico. Pero hay que confesar que vamos en camino, cuando el señor Vasconcelos, a quien el Presidente Obregón ha confiado la dirección de la educación nacional, pugna por estos ideales, pues, enarbolando como un estandarte redentor la bandera de la escuela para pasearla por toda la República, encontraremos el alma nacional con unidad y fuerza. La revolución no ha conquistado, hasta la fecha, sino mezzanos adelantos que no compensan los sacrificios realizados. Toca a la juven